

añade también las que resultan de los progresos del Evangelio en todas las naciones, de la constancia de los mártires á quienes los suplicios mas horribles no pueden intimidar, y finalmente, de los milagros que los cristianos obraban todos los dias en nombre de Jesucristo. Se observa en general en este dialogo, como en todos los escritos de San Justino, un conocimiento profundo de la Santa Escritura y de los dogmas principales del cristianismo; sin embargo, se hallan algunos errores sobre puntos que no se definieron hasta mas adelante. Así, á ejemplo de Papias, admite la opinion de los milenarios, aunque confesando que multitud de cristianos la desechaban. Creia también que los ángeles no eran de naturaleza enteramente espiritual, sino que estaban revestidos de un cuerpo sutil, lo que le conduce á algunas ideas singulares tocante á la naturaleza y las obras de los demonios.

La persecucion de Marco Aurelio hizo otros mártires, cuyos nombres son menos conocidos. En las ciudades de Asia los magistrados ó las juntas populares dieron decretos que exponian á los cristianos á las vejaciones mas odiosas, y aunque hubiese poco que esperar de un recurso al emperador, San Meliton, obispo de Sardes, le dirigió una apología en forma de memorial, de que no quedan mas que algunos fragmentos insertos en la *Historia* de Eusebio: compúsose el año 170, ó quizá algunos mas adelante. Despues de representar que se persigue á los cristianos en toda el Asia por medio de nuevos decretos, y que de ahí toman ocasion ciertos calumniadores codiciosos para robar y saquear á los inocentes, dice San Meliton: "Si eso se hace por orden tuya, á lo menos te pediremos que conozcas por tí mismo á los que son acusados de obstinacion para juzgar despues si merecen sufrir la muerte y los suplicios, ó si es justo dejarlos tranquilos y protegerlos contra la violencia. Si se ejecuta sin tu auerencia esta persecucion que no convendria ejecutarla contra enemigos bárbaros, te pedimos con muchas mas instancias, que no nos abandoneis á estas exacciones populares." Dice en seguida, que Neron y Domiciano fueron los únicos que condenaron el cristianismo, sin duda porque ellos solos publicaron leyes generales para prohibir abrazarle, y añade: "Por ellos se han esparcido las mentiras y las calumnias con que se nos persigue. Pero la justicia de tus padres dió órdenes para reprimir á los que osaron intentar nuevas persecuciones contra nosotros. Adriano tu abuelo escribió, entre otros, á Fundano, gobernador del Asia: tu padre escribió también por la misma causa á las ciudades de la Grecia. Tú, que no tienes menos humanidad y que muestras sentimientos mas dignos aun de la filosofía, esperamos que nos otorgues lo que te pedimos." Se ignora qué resultado tuvo esta apología.

San Meliton habia compuesto algunas otras obras que se han perdido igualmente; pero Eusebio nos ha conservado un catálogo de los libros del antiguo Testamento que el santo doctor habia uni-

do á una coleccion de sentencias morales sacadas de la Escritura; y es el primero que se encuentra en los escritores eclesiásticos. Este catálogo no contiene mas que los libros incluidos en el cánon de los judios, y aun omite el libro de Esther recibido por ellos; de modo que no es completo ni con mucho, aunque el autor hizo el viaje de la Palestina para adquirir mayores luces. Todas las Iglesias no estaban instruidas igualmente en esta parte; y no debe causar admiracion que algunas no hayan tenido noticia exacta de todos los libros canónicos, porque no habiéndose manifestado la tradicion general por medio de un juicio solemne, podia ser á veces difícil comprobarla, hasta que las relaciones entre las diferentes Iglesias fueron mas frecuentes, y se llegó á conocer cuáles eran los libros admitidos constantemente por el mayor número.

Por el mismo tiempo ó poco despues, San Apolinario, obispo de Hierápolis en Frigia, dirigió igualmente una apología á Marco Aurelio, que dice San Gerónimo haber sido muy notable; pero no se conserva nada. Compuso tambien otras varias obras contra los paganos y contra los hereges, de que carecemos. Escribió en particular contra los montanistas, cuya heregia comenzaba á propagarse entonces, y se dice que congregó en Hierápolis un concilio de 26 obispos, que separó á Montano y á sus principales sectarios del gremio de la Iglesia. Sabemos por el testimonio de Eusebio (1), que en uno de sus escritos hacia mencion de un suceso maravilloso que salvó entonces al ejército romano en medio de un peligro inminente, y que se atribuyó á las oraciones de una legion compuesta casi toda de cristianos.

El año 174, haciendo Marco Aurelio la guerra á los cuados y á los marcomanos, pueblos de la Germania, le atrajeron los enemigos por medio de una estratagemá á las montañas de la Bohemia, donde su ejército, molesto de una sed ardiente á causa del excesivo cansancio y del calor, no tenia ni valor, ni fuerza para pelear, y estaba expuesto á perecer, embestido y como bloqueado por innumerales tropas que cercaban el paso por todas partes. Entonces unos soldados cristianos, que eran numerosos en la legion melitina, se pusieron de rodillas é hicieron á Dios fervientes súplicas á vista de los enemigos, los cuales aprovecharon la ocasion para acometerlos. De repente se cubrió el cielo de nubes, y cayó al punto una lluvia abundante del lado de los romanos, que la recibieron en sus cascos ó en sus escudos, mientras que los bárbaros eran incomodados por una piedra mortífera, ó abrasados por el rayo, pereciendo así batallones enteros. Para evitar la muerte, muchos se rindieron á los romanos, y se dispuso de este modo el ejército enemigo casi sin pelear. Las tropas dieron á Marco Aurelio el título de *imperator* por la séptima vez; aceptóle como si viniera del cielo, porque todo el

(1) Hist. lib. V, c. V.

mundo miró el acontecimiento como milagroso. Algunos paganos le atribuyeron á los magos que seguían el ejército, y otros á la piedad y á las oraciones del mismo emperador (1). Todavía se ve en Roma, en un bajo relieve de la columna Antonia, que se erigió entonces, un monumento de aquel prodigio, y los sábios creen que se quiso representar á Júpiter *Pluvius* en un personage que se describe en el cielo, con los brazos extendidos y una barba larga que parece resolverse en lluvia. Pero el emperador confesó que debía este favor á los soldados cristianos, y dió á la legion melitina el título de *legion fulminante*, aunque otra llevase ya este nombre. Tertuliano atestigua en su apología, que Marco Aurelio habia expresado formalmente su opinion respecto de esto, en una carta que escribió al senado, y que se poseía todavía en su tiempo. Añade que el emperador habia prohibido, pena de la vida, acusar á los cristianos; pero esta prohibicion no abrogaba el rescripto de Trajano que mandaba castigarlos cuando eran acusados; de manera que podían ser condenados siempre por este motivo persiguiéndolos bajo otros pretextos, y veremos que en efecto comenzó de nuevo la persecucion, y la autorizó el mismo emperador.

Hacia esta época, es decir, en el año 171, se fija el principio de la heregía de los montanistas, llamados tambien catafrigios, porque esta secta nació y se propagó sobre todo en Frigia. Montano, su autor, era natural de un pueblo de esta provincia, y deseando ardentemente las primeras dignidades de la Iglesia, aunque por su calidad de neófito y de eunuco, no debía aspirar á ellas, dió entrada al demonio por esta ambicion inmoderada; de modo que realmente vino á ser un poseído, y se vió de repente agitado como un furioso, y fuera de sí de resultas de unos accesos que le privaban del uso de la razon. En este estado profirió con una especie de entusiasmo, discursos ininteligibles que se miraron como efecto de una inspiracion, haciéndole pasar por un profeta á los ojos del populacho ignorante. No tardó en lograr seducir á Priscila y Maximila, dos mugeres nobles y ricas, que se vendian tambien por profetisas, y cuya fortuna sirvió para los progresos de la secta, proporcionando medios de ganar con dádivas cierto número de prosélitos. Poseídas lo mismo que Montano, y hablando como él sin órden y sin juicio, pero con una exaltacion fanática, se hacian admirar de sus sectarios, halagándolos con magníficas promesas, felicitándolos como á los únicos cristianos verdaderos, y sobre todo, dirigiendo á algunos en ciertas ocasiones cargos mas ó menos fundados, que les persuadían á que ellas tenían noticia de sus culpas por una revelacion particular. Desde luego abandonaron á sus maridos para poder entregarse con mas libertad á las extravagantes ilusiones de su entusiasmo.

(1) Capitol. *In vita M. Aurel.*—Dion. *Epist. de Marc. Aurel.*

Los montanistas presumian enseñar y practicar una religion mas perfecta que la de Jesucristo y de los apóstoles: vanagloriábanse de haber recibido la plenitud del espíritu de Dios, que antes no se habia comunicado sino parcialmente; de modo que la perfeccion de la verdad existia solo en su secta, y eso por efecto de una revelacion nueva, que servía de complemento á la revelacion cristiana. Dios, segun ellos, habia acomodado hasta entonces sus preceptos á las circunstancias y á la debilidad de los hombres; pero no habiendo podido salvar el mundo ni por Moisés y los profetas, ni aun por la Encarnacion de Jesucristo, habia descendido al fin por el Espíritu Santo á los autores de la nueva doctrina, á fin de consumir su obra, esparciendo por su medio la plenitud de la gracia y de la luz. Así Montano no se vendia solamente por profeta, sino que se fingia el Paráclito, que Jesucristo habia prometido y que debía enseñar toda verdad. Sus sectarios le daban tambien este nombre, y recibían como oráculos todas las palabras que salían de su boca. Abusando de aquellas que dice San Pablo, relativas á las luces de la vida presente comparadas con las de la futura: *Nosotros no conocemos sino en parte*, no titubaba el impostor en hacerse superior á los profetas y á los apóstoles, como si él mismo poseyera la ciencia completa, y enseñara á los hombres la perfeccion. Condenaba las segundas nupcias como efecto de incontinencia, y se arrogaba tambien el derecho de disolver los matrimonios. Aparentando una austeridad excesiva, prescribía nuevos ayunos, establecía tres euaresmas en vez de una, imponía una porcion de abstinencias rigorosas, y no permitía á los cristianos dedicarse al estudio de las ciencias profanas. Prohibía huir ó esconderse durante la persecucion, y hasta queria que se presentase uno espontáneamente al martirio. En fin, desechaba casi enteramente la penitencia, negando la reconciliacion á todos los que habian cometido pecados considerables despues del bautismo.

Este heresiarca habia fijado su residencia, así como Priscila y Maximila, en Pepuzo, villa de Frigia, que se consideró como un lugar sagrado, porque allí suponían las dos profetisas haber recibido el Espíritu Santo, y varios discípulos de Montano iban á aquel parage á participar del mismo favor. Habiale dado el heresiarca el nombre de Jerusalem, como si fuera una imagen de la nueva Jerusalem, que segun los milenarios, cuyos delirios admitía, debía bajar del cielo al fin del mundo, cuando Jesucristo viniése á fundar su reinado de mil años sobre la tierra. Quería que sus discípulos acudiesen allí á celebrar sus juntas, y habia puesto recaudadores que percibían un tributo bajo el nombre de oblacones, destinado á la manutencion suntuosa de los predicadores de la secta, porque sus costumbres distaban mucho de la severidad de sus principios, y los supuestos profetas no se abstenerían ni del regalo, ni del lujo, ni de los juegos de azar, ni aun de la usura. Themison, uno de sus doc-

tores, se había librado de la prisión á fuerza de dinero, y no por eso dejaba de vanagloriarse del título de mártir, aunque estuviere prohibido con arreglo á sus máximas huir de la persecucion. Un tal Alejandro, que vivía en íntimo trato con una de las profetisas, y á quien el populacho reverenciaba tambien como un mártir, había sido condenado en Efeso por el prócönsul del Asia como reo de robos y otros crímenes: las pruebas existían aun en los archivos públicos.

La heregía de los montanistas fué ocasion de que se congregaran algunos concilios en la Frigia y en las provincias vecinas. Primero habían tratado ciertos obispos de atraer á los sectarios, haciéndoles ver la ilusión y la impostura de sus profetisas. Juliano de Apamea y Zotico de Comano quisieron emplear los exorcismos para arrojar al demonio de que Maximila estaba poseida; pero nó lo consintieron sus partidarios interesados. Sotas de Anquialo, en la Tracia, propuso emplear el mismo medio respecto de Priscila, y tambien se lo estorbaron. Despues se trató de convencer á estos fanáticos, manifestándoles que aquella agitacion y aquel furor que turbaban la razon, no podían provenir del espíritu de Dios, y que en efecto nunca se había visto nada semejante en los cristianos que habían recibido verdaderamente el don de profecía. Todos estos medios de persuasion fueron inútiles, y hubo precision de recurrir á una condenacion solemne. Montano fué declarado culpable de heregía, y arrojado de la Iglesia con todos sus sectarios. Se ha visto antes, que San Apolinario, obispo de Hierápolis, le mandó condenar y excomulgar en un concilio de veintiseis obispos. San Serapion, que fué obispo de Antioquia hácia el año 190, da en una carta testimonio de la unanimidad de las sentencias que habían proscrito la nueva secta, y él mismo la condenó en una asamblea de los obispos de Siria. Los montanistas, aunque separados de la Iglesia, no dejaron de buscar despues la comunión del Papa Víctor, probablemente cuando le vieron desavenido con los asiáticos por la celebracion de la Pascua, segun diremos mas adelante: aun lograron sorprenderle con sus artificios y mentiras, y parecia que aprobaba sus profecías, cuando llegó Praxeas de Asia á Roma, le hizo conocer los errores de aquellos, y le determinó así á revocar las cartas de paz que ya les había enviado.

Montano y sus profetisas vivieron hasta el reinado de Caracalla, es decir, cuarenta años por lo menos despues del principio de su secta; y se tuvo por cierto que aquel herejiarca se había ahorcado, así como Maximila, impelidos ambos por el demonio que los agitaba. Decíase tambien que Teodoto, uno de sus doctores, quiso elevarse á la region del aire; pero cayó y murió de resultas. Estos fanáticos publicaban predicciones siniestras sobre el imperio romano, y Maximila había anunciado próximamente guerras y sediciones que habían de acarrear la ruina de aquel, y al mismo tiempo el fin del

mundo. Pero aunque los sucesos desmintieron las profecías, los sectarios, seducidos con ellas, no volvieron de su error. La austeridad aparente de los montanistas bastaba para retener en su partido ó atraer á él á una multitud de ignorantes, que se vanagloriaban de llegar así á mayor perfeccion. Esta heregía contaminó algunas Iglesias de la Frigia, y subsistía aún en el siglo V. Extendióse tambien á otras provincias, y nó tardó en dividirse en varias ramas. Aun en vida de Montano se distinguía á los próclois, que siguiendo en todo la doctrina de dicho herejiarca, recibieron su nombre de un cierto Próculo ó Proco, uno de sus principales doctores, y los esquinitas, llamados así de su gefe Esquines, que á los errores de Montano, añañía el de desechar la distincion de las tres personas divinas. Otros se denominaron artotifrites, porque ofrecían en sus misterios pan y queso: tambien se les daba el nombre de quintillos por una cierta Quintila, á quien honraban como profetisa: nó ponían dificultad en admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado. En fin, algunos se llamaron en griego *passalorinquitos*, porque al orar ponían el dedo en la nariz ó en la boca para denotar su atencion. Entre los que abrazaron la heregía de Montano, debe señalarse con especialidad á Teruliano, que la defendió en algunos escritos, y se dejó seducir en términos, que alegó las visiones de una muger montanista para demostrar que el alma es corporal.

A esta misma época se refiere tambien el origen de otras dos heregías, derivadas en parte del sistema de los gnósticos: la de los encratitas, cuyo gefe fué Taciano, y la de Bardesanes. Taciano era natural de la Mesopotamia, y se había educado en el paganismo. Habiendo estudiado con cuidado todas las ciencias profanas, y en particular la filosofia de Platon, viajó ademas para instruirse: convertido despues al cristianismo por la lectura de los profetas, se hizo discípulo de San Justino, y mientras vivió su maestro, dió muestras de una fé sólida y de una gran piedad. Muerto San Justino todavía perseveró aquel por algun tiempo en la verdadera doctrina, y continuó las conferencias y las lecciones que el ilustre mártir daba en Roma. Entonces publicó un discurso que tenemos de él, contra los griegos ó los paganos, en que hace ver la insuficiencia y la vanidad de su filosofia, lo absurdo de su religion, la crueldad ó la infamia de sus espectáculos, la sanidad de las costumbres cristianas, y en fin, la antigüedad de Moisés, que prueba con el testimonio unánime de un gran número de escritores profanos. De allí á poco tiempo se volvió de Roma á la Mesopotamia, donde se hizo gefe de una nueva secta que se extendió por las diversas provincias del Asia y hasta al Occidente. Admitía, como Valentin, varias potencias invisibles emanadas del Dios supremo, y como Marcion, sustentaba otro principio que había criado el mundo, á excepcion de la luz, producida por el principio bueno. Miraba la materia como

esencialmente mala, queriendo explicar así el origen del mal; y conforme á esta idea, hacia profesion de aborrecer el cuerpo, prescribía la abstinencia del vino y de la carne de los animales, y condenaba el matrimonio como una incontinenia introducida por el demonio; lo que hizo dar á sus secuaces el nombre de encratitas ó continentes. Tambien eran llamados acuarios, porque no empleaban mas que agua sin vino en la celebracion de la Eucaristia. Taciano sostenia como los otros gnósticos, que Jesucristo solo habia tenido un cuerpo aparente: no admitia sino parte del antiguo Testamento, y es el primero que enseñó, contra la creencia general de la Iglesia, que Adan no se habia salvado. Un discípulo de Taciano llamado Severo, contribuyó mucho á propagar los errores de su maestro, y añadió ó alteró ciertos puntos: sus sectarios tomaron el nombre de severianos. Julio Casiano, que seguia el sistema de Valentin, adoptó las máximas de Taciano sobre la continencia; y afirmó que el fruto prohibido en el paraiso terrenal, no era otra cosa que el matrimonio. Hizose célebre á fines del siglo II por varias obras, en virtud de las cuales fué considerado como jefe de los gnósticos (1). Algunos de los encratitas recibieron el nombre de *apalacitas* ó *renunciantes*, porque aparentaban renunciarlo todo, condenando hasta como privados de la salvacion á todos los que poseian algo. Igualmente se denominaban apóstólicos, porque se jactaban de imitar la vida de los apóstoles.

Bardesanes nació, como Taciano, en la Mesopotamia, y al principio se mostró fuertemente adicto á la doctrina católica. Instado con eficacia por Apolonio, un confidente de Marco Aurelio, para que abandonara la religion cristiana, se resistió denodadamente, y respondió que no temia la muerte, pues que tampoco podia evitarla aun cuando obedeciera las órdenes del emperador. Compuso algunas obras en defensa de la fé contra los herejes de su tiempo, y particularmente contra los errores de Marcion. Tambien escribió contra los delirios de la astrologia un diálogo sobre el destino, tan estimado, que se tradujo en griego, como tambien la mayor parte de sus escritos. Pero al cabo, Bardesanes se dejó llevar de los errores de los gnósticos, y se hizo autor de una secta que subsistió mucho tiempo en la Siria. Admitia dos principios de todas las cosas, uno que era origen de todo bien, y otro esencialmente malo y causa de todo el mal que existe en el mundo. El principio bueno habia criado las almas puras y las habia unido á un cuerpo sutil y aéreo: despues el principio malo habia logrado seducirlas y las ha-

(1) Fleury, Berault-Bercenast y otros hacen á este Casiano jefe de la heresia de los docetas, llamados así porque sostenian que Jesucristo no habia encarnado sino en apariencia: el modo con que se explican aquellos autores, parece que da á entender que Casiano enseñó el primero este error, pero ya ha debido verse anteriormente que los gnósticos la admitian hacia mucho tiempo.

bia encerrado en un cuerpo material y corruptible, lo que producía la pugna de las pasiones y de la razon. Bardesanes, pues, suponía malo el cuerpo por su naturaleza, y por eso negaba la resurreccion de la carne, y no queria admitir en Jesucristo sino un cuerpo aéreo ó celeste. Se cree que se retractó de sus errores; pero es dudoso.

Entre los filósofos que vivieron bajo el reinado de Marco Aurelio, se nota un tal Alejandro de Paflogonia, mágico y charlatan por el estilo de Apolonio de Tiana. Despues de recorrer el mundo con una vieja, á quien se aficionó nada mas que por sus riquezas y abandonó luego que la vió arruinada, volvió á su provincia y comenzó á profetizar, suponiendo que habia recogido los oráculos de las Sibilas, y que conocia lo porvenir por este medio, así como por su trato con los dioses. Con algunos prestigios hábiles, con talento, audacia y una figura imponente, consiguió sin trabajo seducir á la multitud. Anunció el advenimiento próximo de Esculapio, y á los pocos dias enseñó una serpiente pequeña que tenia dentro de un huevo, y al dia siguiente otra mucho mayor que fingió ser la misma y que habia adiestrado en dar mil vueltas para entretener. No se necesitó mas para persuadir que en efecto era un dios, y el vulgo no vació en honrarle con ofrendas y sacrificios: el mismo Marco Aurelio fué engañado por este charlatan. Consultado el nuevo oráculo sobre la suerte de una batalla, prometió la victoria la condicion de que se arrojase al Danubio un leon. Cumplióse la condicion; pero se perdió la batalla: el profeta afirmó que se habia entendido mal su prediccion. Por fin, su muerte, acaecida á poco tiempo, destruyó la supersticion, porque habia asegurado que viviria mas de cien años, y murió de una glocera á la edad de setenta.

Otro filósofo llamado Peregrin ó Peregrino, adquirió tambien fama al principio del reinado de Marco Aurelio, con un ejemplo de ostentacion, que manifiesta á qué exceso puede llegar la extravagancia del orgullo en un sofista. Era natural de Pario en la Troade, de donde habia sido desterrado por causa de adulterio y por otros crímenes mas infames todavía. Se le acusó de haber ahogado á su padre por gozar antes de sus bienes. Buscando un lugar donde no fuesen conocidas sus maldades, fué á Filadelfia, se hizo cristiano, y disimuló de tal modo, que fué elevado á las primeras dignidades de la Iglesia. Durante la persecucion de Adriano, fué encarcelado, y los cristianos se apresuraron á enviarle todos los socorros imaginables de modo, que reunió mucho dinero. El gobernador de Siria, que estimaba las costumbres filosóficas y que creyó hallarlas en Peregrino porque despreciaba la muerte, le dió libertad, y regresado este á su pais, cedió á la ciudad lo que le quedaba de sus bienes, y se puso á viajar con el traje de filósofo: contaba siempre con la liberalidad de los cristianos, que engañados, le proporcionaban todo lo necesario en abundancia; pero habiendo descubierto al cabo su hipocresia, rompieron todo trato con él. Entonces dirigió

una súplica al emperador para entrar otra vez en el goce de sus bienes, y como no pudo conseguirlo buscó otro camino de hacer fortuna en sus viajes. En Egipto se habituó á las costumbres mas impudentes y descaradas de los cínicos: de allí pasó á Roma y empezó á desatarse en injurias contra todo el mundo y hasta contra el emperador, expulsóle el prefecto, y esto sirvió para su abono en el ánimo de algunos ilustres. Se retiró despues á Grecia, donde sus invectivas le grangearon funestos disgustos en diferentes ocasiones; sin embargo, tuvo algunos discípulos y admiradores en Atenas, fuera de la cual habitaba en una mala choza. Por fin, viéndose viejo y olvidado discurrió un medio extraordinario de hacerse célebre. En la reunion de los juegos olimpicos declaró que de allí á cuatro años se quemaría públicamente en la misma solemnidad. Como el plazo estaba distante, se lisonjeaba sin duda que sobrevendría algun incidente que le libertase de su promesa; sin embargo, escribió á las ciudades de Grecia dándoles, como por via de testamento, instrucciones que sirvieran á lo menos para que se hablara de él. Llegada la fatal circunstancia, los discípulos del filósofo se dividieron, opinando unos que el honor del maestro estaba interesado en despreciar la muerte, mientras que los otros le exhortaban á prolongar una vida tan preciosa. El pronunció un discurso sobre la muerte á presencia de una multitud inmensa, con la esperanza que convendrían en disuadirle de su intento, y en efecto, algunos le conjuraron para que se conservara por el bien de Grecia; pero otros gritaron que en lugar de vanas palabras esperaban la ejecución del sacrificio; lo que le hizo ponerse pálido y temblar hasta el punto de no poder acabar su arenga. Con todo, iba dilatándolo de día en día bajo diferentes pretextos, y tuvo cuidado de divulgar que por medio de sueños manifestaba Júpiter que no aprobaba aquel intento. Pero al fin triunfó la vanidad, y el día último de los juegos anunció que se quemaría la noche siguiente. Agolpóse un gentío grandísimo á ver aquel espectáculo extraño; y como á media noche apareció Peregrino con una antorcha en la mano y seguido de sus discípulos para prender fuego á la hoguera que habia hecho disponer: dejó en seguida su alforja, su capa y su báculo; pidió á los dioses le fueran propicios, y despues de haber echado incienso al fuego, se precipitó y en un instante pereció sofocado. Esta tragedia se representó en la olimpiada 237, el año 165 de Jesucristo.

Si las cartas de Marco Aurelio en favor de los cristianos despues de la victoria alcanzada á los cuados, habian suspendido ó mitigado las persecuciones, es cierto á lo menos que esta tranquilidad no duró mucho tiempo; y desde el año 177 estallaron de nuevo las sublevaciones populares contra ellos con mas violencia que antes. Con esta ocasion compuso Atenágoras una apología que dirigió á aquel príncipe y á su hijo Cómodo, el cual acababa de ser asociado al imperio. Quéjase primero de que los cristianos son los únicos á que-

nes se persigue por su nombre, mientras que se toleran las persecuciones mas absurdas, y solicita la proteccion de las leyes contra unas acusaciones vagas de que no se ha podido jamas encontrar ninguna prueba. "Tres crímenes, añade, son los que se nos imputan ordinariamente: el ateísmo, los banquetes de carne humana y los incestos. Si de ello somos culpables, castigados sin consideracion á edad ni sexo; pero si son calumnias sin otro fundamento que la aversion del vicio á la virtud, á vosotros toca examinar nuestra vida, nuestra doctrina, nuestro celo por vuestro servicio, y hacernos la misma justicia que haríais á nuestros enemigos." Se dedica en seguida á combatir aquellas odiosas acusaciones, exponiendo la doctrina del Evangelio sobre la naturaleza y la unidad de Dios, sobre las reglas de la castidad, sobre los deberes con respecto al prójimo; y para mostrar cuánto distan las costumbres de los cristianos de las abominaciones que se les imputan, hace notar la santidad de su vida, la caridad que los une, su paciencia y su dulzura para con los que los maltratan, el horror que manifiestan hácia los espectáculos de los gladiadores y todos los castigos sangrientos. Finalmente, demuestra la falsedad de la idolatría, y refuta tambien las fábulas de los poetas sobre el origen de los dioses y las alegorías imaginadas por los filósofos para enmendar lo absurdo de ellas. Esta apología, en que rebosa una elocuencia noble, ha llegado hasta nosotros con un tratado del mismo autor sobre la resurreccion. Por lo demas, nada se sabe de la vida de Atenágoras: solo se ve por el título de sus obras, que era de Atenas, y que habia cultivado la filosofía antes de abrazar el cristianismo. Algunos creen tambien, pero sin pruebas sólidas, que fué el gefe de la célebre escuela cristiana de Alejandría. Miliciades, otro filósofo cristiano, cuya vida no sabemos mejor, compuso por el mismo tiempo una apología que se ha perdido, como tambien otras varias obras escritas contra los paganos y los hereges.

Aunque la apología de Atenágoras era una prueba de haberse renovado la persecucion en Oriente, no nos quedan pormenores en esta parte; pero poseemos una amplia relacion de los padecimientos y de la muerte de un gran número de mártires en Leon, en las Galias; y por ahí se puede juzgar, dice Eusebio, de lo que ocurrió en las otras provincias. Ya se ha visto antes, que los discípulos de los apóstoles habian traído la fé á las Galias. San Epifanio, Eusebio y Teodoreto, aseguran expresamente que San Crescente, discípulo de San Pablo, predicó allí el Evangelio, y lo mismo dice de San Lúcas el primero de aquellos autores. San Trófimo fué enviado tambien por San Pedro, según consta por testimonio de los obispos de la provincia de Arles, los cuales escribiendo al Papa San Leon, hácia mediados del siglo V, recuerdan este hecho como una cosa sabida en toda la Galia, y que no podía ignorarse en Roma. Es probable que no tardaron otros predicadores en llevar despues

el cristianismo á las ciudades principales de aquella region. Pero los progresos fueron casi imperceptibles por mucho tiempo, y debemos observar que en general se propagó mas tarde y con mas lentitud en las provincias del Occidente, que en el Asia, la Grecia y la Italia, donde los apóstoles se habian detenido mas, y habian fundado por sí multitud de Iglesias. Como á la mitad del segundo siglo pasó una muchedumbre de operarios evangélicos del Asia á las Galias, á donde segun toda probabilidad los enviaron San Aniceto y San Policarpo, cuando este último hizo el viage á Roma. San Potino, que era el gefe de dichos operarios, se detuvo en León, y fundó una Iglesia floreciente cuyo primer obispo fué. Otros predicaron en Viena y en las ciudades inmediatas. Hasta entonces habian estado seguros por el corto número de fieles; pero cuando se vió que se multiplicaban de dia en dia, se exasperó lentamente el odio de los paganos, y al fin se levantó una violenta persecucion el año 177.

Se habia empezado por hacer odiosos á los cristianos imputándoles los incestos y los banquetes de carne humana, inventados por la calumnia, y á poco tiempo fueron objeto de los ultrajes mas sangrientos, y quedaron aislados, por decirlo así, como hombres abominables á quienes no era lícito acercarse. Fueron excluidos de todas las casas particulares, y se les prohibió la entrada de los baños, del foro y de todos los parages públicos. El populacho irritado los insultaba en cualquiera parte donde se atrevían á presentarse: perseguíanlos á pedradas, robaba sus bienes, y saqueaba sus casas, y cometía todos los excesos de una bárbara ferocidad. Los mas débiles huyeron, pero los mas animosos resolvieron exponerse al martirio: muchos fueron aprehendidos y presentados ante el tribuno y los jueces; y habiendo confesado generosamente que eran cristianos, se los condujo á la cárcel hasta la llegada del gobernador. De allí á unos dias este magistrado los hizo comparecer en su tribunal, y como los trataba con una crueldad repugnante, un cristiano jóven llamado Vecio Epagato, lleno de celo y de virtud, pidió permiso para hablar en su defensa y manifestar que no eran reos de impiedad ni de ningun otro crimen. Al instante la multitud comenzó á gritar contra él; y preguntándole el gobernador, ofendido de su solicitud si era cristiano, Vecio lo confesó en alta voz, y al instante fué puesto en el número de los mártires con el título de abogado de los cristianos. Hubo unos diez que se rindieron á estas primeras pruebas, y su caída vino á ser para los otros un motivo de afliccion y de continua zozobra, porque temian que la violencia de los tormentos ocasionase alguna nueva apostasia. Entre tanto, no se cesaba de buscar á los cristianos, y tanto en Viena como en León, se prendió á los que eran los apoyos mas firmes y distinguidos de las dos Iglesias: tambien fueron cogidos algunos de sus esclavos paganos, y puestos en el tormento para obligarlos

á declarar contra sus amos. Los infelices, cediendo al temor de los tormentos, imputaron á los cristianos todo género de crímenes, y sus declaraciones divulgadas entre el pueblo irritaron en términos á los paganos, que los que antes manifestaban alguna moderacion, ya no ponian límites á su rabia.

Es imposible expresar los tormentos que se hicieron sufrir á los santos mártires para forzarlos á renegar la fé y arrancarle la confesion de los crímenes que se les imputaban. El furor del pueblo y del gobernador se desencadenó sobre todo contra Sancto, diácono de Viena, Atalo, originario de Pérgamo en el Asia, Maturó, neófito, y una esclava jóven llamada Blandina. Esta era tan delicada y tan débil, que los fieles temian sobremanera se dejase vencer de los suplicios; pero mostró una firmeza y un valor superiores á su naturaleza. Los verdugos se relevaron desde la mañana hasta la noche para hacerle sufrir todos los tormentos imaginables; y despues de agotar todos los recursos de la crueldad mas ingeniosa, se vieron precisados á darse por vencidos, no concibiendo cómo podia Blandina vivir en un cuerpo dislocado y desgarrado por todas partes. Ella repetia constantemente estas palabras: "Yo soy cristiana: entre nosotros no se cometen crímenes;" y esta generosa confesion parecia que la hacia insensible á todos los dolores. El diácono Sancto, en medio de los tormentos mas horrosos, no quiso decir su nombre, ni su patria, ni si era libre ó esclavo, contentándose con responder á todas las preguntas: "Soy cristiano." Su firmeza irritó tanto al gobernador y á los verdugos, que despues de emplear todos los demas suplicios, le aplicaron planchas de cobre hechas áscna en las partes mas sensibles de su cuerpo. El santo mártir no se movia aunque le quemaban las carnes, y permanecia firme en la confesion de la fé. A pocos dias los paganos le pusieron de nuevo en la tortura, esperando vencerle si le abrian las llagas cuando la inflamacion hacia insuportable el menor contacto, ó creyendo á lo menos que moriria en los tormentos, y que una muerte tan cruel amedrentaria á los otros. Pero por un milagro inesperado, su cuerpo, enteramente desfigurado, recobró su primera forma, y pareció curado del todo.

El gobernador no dudó que se conseguiria fácilmente arrancar un testimonio cual se deseaba, á los que habian renunciado la fé; y Biblis, que era de ellos, fué puesta en el tormento para hacerla confesar los crímenes de que se acusaba á los cristianos. Pero en medio de los suplicios volvió ella en sí, y recordándole aquellos dolores pasajeros las penas eternas, exclamó: "¿Cómo habiamos de comer á los niños, cuando ni siquiera nos es lícito comer la sangre de los animales?" Porque en este punto todavía observaban los fieles la prohibicion de la antigua ley confirmada por los apóstoles. Habiendo declarado al mismo tiempo que no cesaba de ser cristiana, fué colocada otra vez en el número de los mártires. En segui-

da fueron sepultados todos en horribles calabozos con los piés estirados y violentamente separados por maniotas de madera, y se los trató con tanta barbarie, que algunos murieron en pocos días, víctimas de la infección y demas incomodidades de la prision.

Entre tanto, fué descubierto San Potino, á quien el ódio del pueblo perseguia particularmente como gefe de los cristianos. Tenia mas de 90 años, y estaba tan debilitado de las enfermedades, que apenas podia respirar: hubo, pues, que llevarle al tribunal; pero el ardor de su ánimo sostenia al venerable anciano; y á pesar de los gritos y del encolerizamiento de la multitud, no dejó de dar un testimonio glorioso á la verdad. Habiéndole preguntado el gobernador cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Tú le conocerás si eres digno." Inmediatamente le arrancó el pueblo con violencia, y le llenó de injurias y le golpeó. Los que estaban cerca, le daban puñadas ó puntapiés sin respeto á su mucha edad: los que estaban lejos le arrojaban cuanto podian haber á la mano, y todos se hubiesen creído culpables si no le hubieran insultado para vengar el honor de sus dioses. No le quedaba mas que un soplo de vida cuando le condujeron á la cárcel, donde expiró á los dos días.

Primeramente fueron condenados cuatro mártires, Sancto, Maturro, Attalo y Blandina, á ser expuestos á las fieras, y se dió expresamente un espectáculo extraordinario para su suplicio. Sancto y Maturro sufrieron de nuevo todo género de tormentos en el anfiteatro: fueron azotados con varas, segun costumbre, arrastrados y despedazados por las fieras, quemados en una silla de hierro hecha ascua; y despues de haber servido todo un día á la bárbara diversion de la multitud, como respiraban todavía, fueron rematados á estocadas. A Blandina la ataron á un pilar en forma de cruz porque era esclava; pero no la tocaron las fieras y volvió á la prision reservándola para otro día. Con respecto á Attalo, sabiendo el gobernador que era ciudadano romano, no hizo mas que mandarle pasar al rededor del anfiteatro para mostrarle al pueblo, y luego dió orden de que le condujesen á la cárcel con los otros confesores, mientras llegaba la respuesta del emperador á quien habia consultado.

Los mártires se aprovecharon de este término para reanimar el valor y trabajar en la reconciliacion de los que habian renegado la fé, porque aun estaban presos estos apóstatas á causa de las imputaciones odiosas que se hacian á todos los cristianos: agobiábanlos ademas los remordimientos y la vergüenza; de modo que tenian que sufrir las acusaciones de su conciencia y las injurias de los paganos. Los mas detestaron su apostasía, y persuadidos por las exhortaciones y el ejemplo de los que habian permanecido constantes, recibieron una nueva vida en la penitencia, y desde entonces se resolvieron á combatir generosamente por el nombre de Jesucristo que acababan de renunciar con tanta cobardía. No paró ahí el

celo de los mártires: escribieron cartas á los cristianos del Asia menor para precaverlos de la seducción de los montanistas, y rogaron al mismo tiempo al Papa Eleuterio que pacificara con su autoridad las Iglesias de aquella provincia, objeto de una tierna solicitud para ellos, porque algunos traian de allí su origen. Enviaron esta carta por conducto de San Ireneo, que era presbítero de la Iglesia de Leon, y le recomendaban en los términos mas honoríficos.

Pronto recibió el gobernador la respuesta del emperador, reducida á que fueran sentenciados á muerte los que perseverasen en confesar á Jesucristo, y puestos en libertad los que renegasen de él. Ejecutóse esta orden durante los juegos solemnes que se celebraban en Leon en honor de Augusto, y que atraian un gentío innumerable. El gobernador mandó á los mártires comparecer ante su tribunal, y habiéndoles preguntado de nuevo, pronunció la sentencia, condenando á los ciudadanos romanos á ser decapitados, y á los otros á ser expuestos á las fieras; tambien hizo que se presentaran los que habian caido antes, y les preguntó por mera forma, pues creia que no tendria mas que ponerlos en libertad; pero contra sus esperanzas protestaron de su adhesion al cristianismo, y se reunieron así voluntariamente á los otros mártires, excepto algunos que solo en apariencia habian sido cristianos.

Durante el interrogatorio, Alejandro, cristiano de la Frigia y médico de profesion, se mantenía cerca del tribunal, y no cesaba de animar á los confesores con los signos y ademanes mas enérgicos: el pueblo lo echó de ver, y empezó á gritar contra él. Inmediatamente le tomó declaración el gobernador, y viendo que era cristiano le condenó á las fieras. Al día siguiente le condujeron al anfiteatro con Attalo, que fué condenado tambien á este suplicio, aunque ciudadano romano, por complacer á la multitud. Uno y otro sufrieron todos los tormentos que se empleaban en tan crueles espectáculos, y por último fueron degollados, porque se acostumbraba á rematar así á los que no morian á manos de las fieras. Alejandro no soltó ni una palabra, ni una queja. Attalo, cuando le hubieron puesto en la silla de hierro, y se difundia lejos el olor de sus miembros quemados, se dirigió al pueblo, y dijo: "¿No podria llamarse esto comer carne humana? Por nuestra parte no hacemos nada que se parezca á los crímenes que nos imputais."

Blandina y Pontico, jóven de unos quince años, habian sido conducidos todos los días al anfiteatro, á fin de intimidarlos con la vista de los suplicios: el último día los instaron á que jurasen por los falsos dioses, y como se resistiesen, el pueblo furioso pidió que se les diese todo género de tormentos; pero su constancia fué invencible. Pontico expiró el primero: Blandina, que no habia cesado de animarle, tuvo que sufrir los azotes con varas, las mordeduras de las fieras, la silla ardiente: despues la metieron en una red, la expusieron á un toro que la secudió mucho tiempo sin dar ella la me-

nor señal de dolor. Al fin fué degollada, y hasta los paganos confesaban que no se había visto jamás muger que sufriese tanto y con tanto valor.

La sangre de los mártires no aplacó el encono de los perseguidores. Dejaron expuestos los cuerpos de aquellos en el muladar para que los devoraran los perros, y pusieron guardias de día y de noche para que los cristianos no se llevasen los cadáveres y los enterrasen. En fin, al cabo de seis días los quemaron y arrojaron las cenizas al Ródano, figurándose que quitarian así á los cristianos la esperanza de la resurreccion, y que tendrian menos valor para arrostrar la muerte cuando supiesen que sus restos habian de ser destruidos: estos mártires eran cuarenta y ocho. Los pormenores de sus padecimientos están sacados de la relacion que enviaron á las Iglesias de Asia los cristianos de Leon y de Viena, y que Eusebio ha conservado. Se cree que la escribió San Ireneo, que fué el sucesor de San Potino.

Marcelo y Valeriano se habian escapado como por milagro, de las cárceles de Leon, y estuvieron ocultos por algun tiempo fuera de la ciudad, sin dejar de ejercitar su celo y de predicar secretamente la fé en el lugar de su retiro. Despues, la violencia de la persecucion los determinó á alejarse mas. Marcelo encontró cerca de Chalons-sur-Saone, al gobernador Prisco: fué preso y se declaró cristiano. Hicieronle sufrir diferentes suplicios para forzarle á adorar los ídolos; pero como se resistiese valerosamente, le enterraron vivo hasta la mitad del cuerpo, y murió en este estado al tercer dia. Su sepulcro y su culto se hicieron célebres en Chalons por frecuentes milagros, y el rey Gontran mandó mas adelante edificar alli un monasterio en honor del santo. Valeriano fué cegado en Tournus, y preguntado por el mismo gobernador, que le mandó desgarrar con garfios de hierro, y viéndole invencible, hizo que le decapitaran.

Otros dos mártires, Epipodio y Alejandro, padecieron tambien en Leon casi por el mismo tiempo. Eran de familia distinguida, estaban en la flor de la edad y ligados con estrecha amistad que se habia formado desde la niñez, y mantenido por la conformidad de sus costumbres y la práctica de las mismas virtudes. Trabajaban de acuerdo en propagar el cristianismo y sostener á los fieles durante la persecucion, cuando fueron delatados por traicion de un criado suyo. Sabiendo que los buscaban huyeron secretamente y se refugiaron en la choza de una pobre viuda, cerca del lugar llamado Pierre Encise, donde la oscuridad de su retiro los tuvo algun tiempo seguros. Sin embargo, llegaron á descubrirlos, y los pusieron presos antes de tomarles declaración; lo cual era contrario á lo prescrito en la legislacion romana; pero tratándose de cristianos, cuyo nombre solo se miraba como un crimen notorio, se creia que podia infringirse la ley. A los tres dias les mandaron comparecer con

las manos atadas á la espalda, y tomada la declaracion, el gobernador se encolerizó con ellos y prorumpió en amenazas terribles: despues dió orden de separarlos y de conducir otra vez á Alejandro á la cárcel: esperaba que Epipodio, que era el mas jóven, se dejaria ganar con mas facilidad cuando estuviera solo. Primero le temió con la seduccion, representándole la dulzura de los placeres y de los goces de que se privaba por seguir una religion que condenaba todos los deleites; pero el jóven dió una respuesta tan noble, y virtuosa con tanta energía los goces groseros y transitorios con que se le halagaba, que el juez, confuso é irritado, mandó darle brutales tapabocas; y como continuase Epipodio confesando la gloria de Jesucristo, le pusieron en el caballete para desgarrarle con los garfios de hierro. Al populacho enfurecido pareció demasiado lenta la crueldad de los verdugos, y pidió á gritos que le entregasen el santo mártir para hacerle pedazos: el gobernador dispuso que le quitaran al punto del caballete y le cortaran la cabeza. Despues de un dia de intervalo compareció á su presencia Alejandro, á quien trató en vano de intimidar con el recuerdo de los suplicios que los otros cristianos habian sufrido: despues mandó que le golpearan mucho tiempo tres verdugos que se alegraban sin intermision, y al fin le hizo crucificar. No tardó en expirar el generoso mártir, porque tenia el cuerpo tan lacerado, que se le veian las entrañas por entre las costillas. Los cristianos arrebataron secretamente los cuerpos de estos dos mártires, y los sepultaron cerca de la ciudad, en un bosque algo apartado, que despues fué célebre por la piedad de los fieles y por una multitud de milagros.

Una de las víctimas mas ilustres de esta persecucion en las Galias, fué un jóven llamado Sinforiano, que padeció el martirio en Autun. Era de una familia noble y cristiana, que le habia dado una educacion digna de su nacimiento. Un dia que se celebraba una fiesta, de Cibeles, y se llevaba con pompa en un carro la estatua de la madre de los dioses, Sinforiano no pudo ver sin lástima la ceguera del pueblo que corria en tropel á prosternarse ante el ídolo; y como manifestara públicamente su desprecio, fué preso en el acto, y conducido á presencia del consul Heraclio, que hacia buscar á los cristianos. Preguntado acerca de su desprecio, fué preso en el acto, y conducido á presencia del consul Heraclio, que hacia buscar á los cristianos. Preguntado acerca de su nombre y condicion, respondió: "Me llamo Sinforiano, y soy cristiano." "¿Eres cristiano?" replicó el juez; pues ¿cómo te has escapado de nuestras pesquisas? porque apenas quedan entre nosotros de esos enemigos de los dioses." Sabiendo que era de un nacimiento ilustre, Heraclio le instó vivamente á sacrificar, y de resultados de su negativa, mandó que los hictores le golpearan y le llevaran á la cárcel. De alli le sacaron á los pocos dias, y trataron de ganarle con ofertas seductoras y de intimidarle con la amenaza de los tormentos mas horribles. Pero Sinforiano manifestó en sus respuestas, que despreciaba igualmente las promesas y las amenazas, y no temió ridiculizar las ex-



travagancias y crueles supersticiones del culto de Cibeles. Por fin, el juez furioso le condenó á morir decapitado. Cuando le sacaban de la ciudad para el suplicio, corrió su madre hácia la muralla y le gritó al paso: "Animo, hijo mio, levanta los ojos al cielo, y acuérdate del Dios vivo: creen que te arrancan la vida; pero al contrario, te la aseguran por una eternidad." Despues que le cortaron la cabeza, los fieles se apoderaron con sigilo de su cuerpo y le enterraron cerca del lugar del suplicio. Los muchos milagros que se obraron en su sepulcro, le atrajeron la veneracion hasta de los paganos, y no tardó en hacerse célebre su culto en todas las Galias.

No es dudable que una persecucion tan cruel dió á la Iglesia galicana mayor número de mártires que los que han llegado hasta nosotros en las actas que se conocen. Entre los mas notorios citaremos á San Benigno y San Andocho, sacerdotes, y San Tirso, diácono, enviados por San Policarpo á predicar la fé en las Galias; estos fueron los primeros apóstoles de Autun. Pasó despues á Langres San Benigno, y de allí á Dijon, donde sufrió el martirio. San Andocho y San Tirso fueron arrestados y sacrificados en el lugar de Saulieu, con un mercader llamado Félix, en cuya casa se hospedaron.

El emperador Marco Aurelio no sobrevivió mucho á estos gloriosos mártires. Hallándose en la campaña de Germania, le acometió una fiebre maligna, y sucumbió á los pocos dias en el año de 180, despues de un reinado de diez y nueve años. Su hijo Cómodo, que le sucedió, no tardó mucho en hacerse despreciable y odioso por sus vicios y extravagancias: todos los historiadores le pintan como un monstruo de desenfreno y de crueldad, con particularidad hácia los senadores. Pero no persiguió á los cristianos; y se dice que este favor se debió á una concubina llamada Marcia, que se creía aficionada á los cristianos, y tenia grande dominio sobre su amo, porque tal era su pasion por ella, que le concedió casi todos los honores de emperatriz. Como la paz de que gozaba la Iglesia, favorecia la predicacion del Evangelio, se multiplicaron diariamente las conversiones, y en Roma, sobre todo, se vió un gran número de familias distinguidas por su nacimiento ó sus riquezas, que abrazaron la fé y pedian con ansia el bautismo. Sin embargo, en muchos paragos se advertia el ódio popular en sus efectos al principio del nuevo reinado; y muchos años despues, hácia el año 186, un senador romano, llamado Apolonio, sufrió el martirio por la fé que igualmente abrazó. Acusóle un esclavo, y compareció delante de Perennis, prefecto del pretorio, mandó este crucificar al denunciador, segun la ley de Marco Aurelio, que prohibió con pena de la vida que nadie hiciese esta clase de acusaciones; pero como las antiguas leyes establecian tambien la pena de muerte para los cristianos que no abjurasen su culto despues de ser denunciados, Perennis instó con viveza á Apolonio á que renegase, y

no habiéndolo podido conseguir, le mandó que diese cuenta al senado de su profesion de fé. Este ilustre confesor pronunció delante de los jueces una brillante apologia del cristianismo; pero le costó perder la cabeza.

El Papa San Sotero, que habia sucedido á San Aniceto, murió en el año de 177, despues de haber ocupado la silla apostólica ocho años. Sucedióle San Eleuterio, que gobernó la Iglesia hasta el año de 192. Recibió al principio de su pontificado una carta de un rey de la Gran Bretaña llamado Lucio, súbdito ó aliado de los romanos, en que le manifestaba la intencion de abrazar la religion cristiana, y le pedia un ministro que le instruyese en ella. El Papa Eleuterio se apresuró á corresponder á sus instancias, y por este medio fueron convertidos los bretones, y conservaron su fé en profunda paz, hasta la persecucion de Diocleciano.

Ademas de los apologistas de que hablamos anteriormente, contaba entonces la Iglesia con muchos doctores tan ilustres por sus escritos como por sus virtudes. San Dionisio, obispo de Corinto, fué uno de los mas célebres; pero se ignoran las circunstancias de su vida: solo se sabe, que no contento con los deberes que le ligaban á su grey, extendió su celo á las demas Iglesias, dirigiendo sus instrucciones á los que las reclamaban. Eusebio refiere ocho cartas que aquel santo obispo escribió, y de que no quedan mas que fragmentos. En la que dirigió á los atenienses, los reprehendia porque casi habian abandonado la práctica del Evangelio, desde que su obispo Publio habia sufrido el martirio. Daba testimonio de las virtudes de Cuadrato, sucesor de Publio, y en particular le alababa del cuidado que tuvo de reunir á los fieles dispersos, y reanimarlos en su ardor por la fé que principiaba á extinguirse. Recordábase igualmente á San Dionisio Areopagita, convertido por San Pablo, y que fué el primer obispo de Atenas. En otra, dirigida á los fieles de Gortina, en la isla de Creta, les prevenia que tuviesen cuidado de no dejarse seducir por los hereges, y elogiaba á Filipo su obispo, que se hizo célebre en el reinado de Marco Aurelio, por la excelente obra que compuso contra Marcion. Escribiendo á los romanos y al Papa Sotero para darles gracias por las limosnas que habian enviado á los fieles de Corinto, se expresaba así respecto de una instruccion pontificia que este santo Papa habia unido á ella: "Hemos celebrado hoy el santo dia del domingo, y hemos leído vuestra epístola, como continuaremos haciéndolo constantemente, lo mismo que la del bienaventurado Clemente, para sacar de ellas saludables lecciones." Quejaba de que los hereges habian corrompido sus epístolas para acreditar sus errores; en lo que se acredita la reputacion que gozaba este santo doctor y la autoridad de sus escritos.

San Teófilo, obispo de Alejandría, habia compuesto muchas obras, ya para instruccion de los fieles, ya para combatir las here-

gias; mas no han quedado de ellas otra cosa, que los tres libros dirigidos á Autólico, sábio pagano, muy opuesto al cristianismo. El santo doctor, que tambien habia sido idólatra y se habia convertido con la lectura de los libros santos, trató de instruirle ó desvanecer sus prevenções en este escrito, donde establece los principios de la religion y hace ver la extravagancia del paganismo. En el primer libro responde á las preguntas que Autólico le hizo tocante á la naturaleza de Dios, y manifiesta cómo con el auxilio de la fé y un corazon puro, se puede llegar al conocimiento de Dios, sin mas que considerar sus obras.

“Como el alma del hombre es invisible, y se deja comprender por el movimiento del cuerpo; así, dice el santo Padre, no podemos nosotros ver á Dios con nuestros ojos; pero le conocemos por los efectos de su poder. ¿Por qué nos hemos de negar á creer lo que no vemos? Claro es que en todas cosas hay que principiar por creer. ¿Qué segaría el labrador, si no confiase sus granos á la tierra? ¿Quién se atrevería á recorrer los mares si no confiase en la habilidad del piloto? ¿Qué arte, qué ciencia se aprende, si no se principia por creer en el maestro que la enseña?” En el segundo libro refuta las opiniones de los poetas y filósofos sobre los dioses del paganismo, explica en seguida la creacion del mundo, y hace notar, como resto y prueba de la primitiva creencia en este artículo, la conformidad de todas las naciones en contar la semana como los judíos. Hablando con distincion de las divinas personas, usa la voz de Trinidad, y es la primera vez que se lee esta expresion para designar el misterio de este nombre. En el tercer libro refuta elocuentemente las calumnias de los paganos, y despues de haber demostrado que los libros de sus poetas, historiadores y filósofos contienen infinidad de cosas contrarias á la razon y á las buenas costumbres, expone la sublime moral de los libros santos, y hace ver por la conducta y las virtudes de los cristianos, por el odio que manifiestan á los espectáculos sangrientos ó infames, autorizados por el paganismo, cuán distantes están de los crímenes que se les imputan. Ultimamente refiere cronológicamente todos los sucesos notables ocurridos desde el principio del mundo hasta la muerte de Marco Aurelio, y prueba con el testimonio de los mismos autores profanos la antigüedad de Moisés y la autenticidad de sus escritos. Fué este santo doctor electo obispo de Antioquia en el año 168, y ocupó esta silla hasta el de 181 ó 182.

San Ireneo, que entoncez gobernaba la Iglesia de Leon (de Francia), habia nacido en el año de 120 ó poco antes. Desde su tierna edad fué entregado á la direccion de San Policarpo, obispo de Smirna, y en tan santa escuela adquirió aquella profunda ciencia de la religion y el celo ardiente por la fé, que le hicieron en adelante el terror de los hereges. Tambien fué discípulo de San Papias, y ademas de las lecciones que recibió de estos hombres apos-

tólicos, cultivó su ingenio leyendo autores profanos para poder combatir á los paganos con sus propias armas, y confundir mas fácilmente á los sectarios, patentizando el origen de sus errores en los diferentes sistemas de la filosofía. Enviado á las Galias con otros varios discípulos de San Policarpo, le ordenó de sacerdote San Potino, á quien sucedió en el obispado que duró treinta años, sin cesar en todo este tiempo de desplegar tanto celo y lograr tanto fruto de su predicacion, que casi toda aquella ciudad se convirtió al cristianismo. Procuraban diferentes sectas de los gnósticos esparcir sus errores por las Galias, donde los sectarios de Marcos sobre todo habian llegado á seducir cierto número de mugeres. San Ireneo, pues, creyó que debia aplicarse particularmente á precaver á los fieles de los sacrificios de aquellos novadores. Despues de haberse instruido á fondo en sus doctrinas, ya conferenciando con ellos, ya leyendo sus escritos, emprendió refutarlos en una excelente obra que escribió en griego, y de que nos queda una version latina con algunos fragmentos del original.

En el primer libro comienza San Ireneo exponiendo los desvarios de los valentinianos, y forma la historia de todas las heregias que se habian levantado sucesivamente desde Simon el Mago hasta el tiempo en que escribia. Opone á las perpetuas variantes de todas las sectas la uniformidad siempre inmutable de la fé católica, de la cual hace una sucinta exposicion, refiriendo casi todos los artículos del símbolo de los apóstoles, y añade que en todas partes convienen los cristianos en esta fé, y que las Iglesias que hay en las Germanias, entre los celtas, en España, en Oriente, en el Egipto, en Africa, todas tienen la misma creencia y las mismas tradiciones. En el segundo libro empieza á refutar las invenciones extravagantes de los gnósticos, explanando las ideas que la misma razon nos da de la naturaleza de Dios y de sus infinitas perfecciones, á fin de manifestar que todo lo que existe ha sido criado por su poder, y que es absurdo suponer fuera de él seres independientes que hubiesen hecho el mundo sin su conocimiento. Se dedica á hacer resaltar las contradicciones de los principios de dichos sectarios, á probar que han tomado sus errores de las fábulas de los poetas ó de los sistemas de los filósofos, aunque con diferentes expresiones, é impugna la supersticion que les hacia encontrar misterio en los números y en las letras del alfabeto. Como los hereges explicaban á su antojo las parábolas y otros pasages del Evangelio, San Ireneo establece ciertas reglas para la inteligencia de la Escritura, é insiste principalmente en la necesidad de explicarle siempre conforme á la tradicion. Hace ver en seguida lo que se debe juzgar de los supuestos milagros de que se vanagloriaban, y dice: “Los discípulos de Simon, de Menandro y los otros sectarios, no pueden restituir la vista á los ciegos, el oído á los sordos, ni curar á los enfermos, á los cojos y á los parafíticos, ni mucho menos resucitar á un muerto,

supuesto que ni aun crean posible la resurreccion. Se dirigen á mugeres ó á niños, y no hacen mas que engañar la vista con apariencias que duran un momento, cuando los discipulos verdaderos de Jesucristo obran milagros en su nombre para utilidad de los hombres, unos arrojando á los demonios ó prediciendo lo porvenir, otros sanando á los enfermos por la imposición de las manos, y hasta han resuscitado algunos muertos que han vivido años entre nosotros.

Despues de haber destruido así los fundamentos en que los hereges apoyaban sus errores, San Ireneo los combate en el libro tercero con la autoridad de la Escritura y de la tradicion. Los mas suponian que los apóstoles solo habian conocido imperfectamente la verdad, y la habian alterado con una mezcla de judaismo: por otra parte se jactaban de haber recibido ellos su doctrina por tradiciones secretas que Jesucristo habia comunicado á algunos discipulos suyos mas inteligentes: pues el santo doctor asienta lo primero que los apóstoles no escribieron ni predicaron hasta haber sido instruidos plenamente por el Espíritu Santo, y muestra cuán absurdo es suponer que Jesucristo confiase su verdadera doctrina á otros que á los que habia encargado, especialmente de propagarla y de anunciar el Evangelio en todo el universo. Hace ver tambien que los apóstoles no reservaron el conocimiento de esta doctrina para algunos discipulos privilegiados, y que sobre todo, debieron comunicar-la á los pastores que elegian para sucederles y para gobernar las Iglesias despues de ellos; de modo que la enseñanza unánime y constante de las Iglesias fundadas por los apóstoles, debe ser el mejor medio de conocer ciertamente lo que ellos han enseñado. "Pues ya se sabe, dice, los que los apóstoles eligieron para obispos, y podemos contar sus sucesores hasta nosotros: todos concuerdan en una misma fé que no tiene nada de comun con la de los hereges. Pero como seria demasiado largo referir las sucesiones de todas las Iglesias, nos contentaremos con señalar la tradicion de la Iglesia mas grande y mas antigua, la que fué fundada en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, y es conocida de todo el mundo. Por esta tradicion que recibió de los apóstoles, por esta fé que publica por todas partes, y que la sucesion de sus obispos nos ha transmitido, confundimos á todos los que establecen nuevas sectas y predicán nuevas doctrinas; porque con esta Iglesia deben unirse y concordar todas las demas á causa de su autoridad y supremacia." San Ireneo enumera despues los obispos que han gobernado la Iglesia romana desde San Pedro hasta el Papa Eleuterio que ocupaba entónces la cátedra apostólica. Invoca igualmente contra los hereges la autoridad de San Policarpo, discipulo de los apóstoles; y para manifestar que la tradicion puede bastar para conocer la verdadera doctrina, añade que algunos pueblos bárbaros creen en Jesucristo sin el auxilio de las Escrituras, teniendo la doctrina de la

salvacion escrita en su corazon por el Espíritu Sauto, y conservando cuidadosamente la tradicion antigua. Demuestra despues que todos los hereges pueden ser convencidos de innovacion, y confirma con la Escritura la fé de la Iglesia sobre la unidad de un Dios criador de todas las cosas, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la realidad de la Encarnacion y sobre los demas puntos negados por los gnósticos.

En el cuarto libro continúa probando la unidad de Dios, y demuestra en particular, que el mismo Dios es el autor del antiguo y nuevo Testamento. Enseña en varios parages el libre albedrio del hombre, y hace ver que la causa del mal se halla en el abuso de la libertad. Se expresa del modo mas formal sobre el sacrificio de la nueva ley, y nos da pruebas incontestables de la antigua creencia y de la tradicion apostólica, tocante á la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, porque se apoya en esta misma creencia para refutar á los gnósticos. "¿Cómo se han de persuadir, dice, á que el pan es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no reconocen que es el Hijo y el Verbo del Criador? ¿Y cómo afirman que una carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor permanece en la corrupcion y no recobra la vida?" Finalmente, en el libro quinto prueba San Ireneo, con la Escritura, el dogma del pecado original y de la redencion: trata de la resurreccion de los cuerpos, del Anticristo, del juicio final; y se vale tambien de la fé de los cristianos sobre la Eucaristía, para asentar la realidad de la Encarnacion. Pero la aversion que tenia á las explicaciones alegóricas, usadas por los hereges, hizo que tomara demasiado á la letra algunas expresiones de los profetas ó del Apocalipsis, acerca de la felicidad de los justos en esta vida; y enseña como San Papias y San Justino, el error de los milenarios, que no habia sido condenado aún expresamente por la Iglesia.

San Ireneo habia compuesto otras varias obras que no poseemos: entre otras, dos tratados intitulados, uno de la *Monarquía*, y otro de la *Ogdoade*, contra Florino, presbítero de la Iglesia romana, que habia abrazado los errores de los gnósticos, y que hacia autor del mal á Dios; y una carta intitulada *Del cisma* contra Blasto, otro presbítero de la misma Iglesia, que habia adoptado, en parte, los errores de Valentin, y que queria ademas, como los montanistas, obligar á todos los fieles á celebrar la Pascua el dia catorce de la luna. Esta cuestion fué tambien motivo para que San Ireneo escribiese una carta al Papa Victor, como diremos mas adelante. Terminó este ilustre doctor su vida con el martirio durante la persecucion de Severo.

Por el mismo tiempo hubo tambien algunos otros escritores católicos, cuyas obras no han llegado hasta nuestros dias. Musano escribió hácia el fin del reinado de Marco Aurelio, un excelente tratado contra la heregia de los encratitas, que acababa de nacer.

Rhodon, que había estudiado en Roma con Taciano, todavía católico, es decir, hacia el año 170, refutó los errores de Marcion y de sus discípulos. Modesto escribió contra los mismos una obra, de que Eusebio hace los mayores elogios. Máximo había tratado la famosa cuestión del origen del mal, y probado el dogma de la creación, demostrando que la materia no puede ser eterna. Cándido y Apion compusieron tratados sobre la obra de los seis días. Sexto escribió sobre la resurrección. En fin, un poco mas adelante, San Serapion, que fué obispo de Antioquía desde el año 190, hasta el 219, manifestó su celo y sus luces en varias cartas á favor de la fé católica. Ya hemos hablado de la que escribió contra los montanistas: en tiempo de San Jerónimo existian aun otras varias sobre diferentes asuntos, y Ensebio hace mencion de un fragmento de un tratado que había enviado este santo obispo á la Iglesia de Rhosso, en Cilicia, con motivo de un Evangelio atribuido falsamente á San Pedro, y que contenia algunos errores de los docetes, probablemente autores de aquel Evangelio apócrifo.

También en los primeros años del reinado de Cómodo, empezó á brillar la escuela cristiana de Alejandria con aquel vivo resplandor que le dió tanta celebridad. Fundada esta escuela desde el tiempo de San Marcos, se había destinado á la instruccion de los catecúmenos, para disponerlos á recibir el bautismo; pero creciendo al punto su importancia, gracias al mérito y al celo de los hábiles maestros llamados á dirigirla, se hizo una especie de academia religiosa, de donde salieron sucesivamente un gran número de santos obispos y de ilustres doctores, que sirvieron igualmente á la Iglesia con sus virtudes y su ilustracion. Hacia mucho tiempo que la ciudad de Alejandria era como el centro de las ciencias, y particularmente de la filosofía: el museo que los Tolomeos habían fundado, y conservado los emperadores romanos, ofrecia recursos de toda clase á los estudios profanos, y los diferentes maestros escogidos para dar lecciones, no perdonaban ningun medio para mantener la institucion en el estado de crédito y gloria que debía á los afanes y vigilias de los sabios que la habían ilustrado por algunos siglos. Por otra parte, los judíos que eran muchos en aquella ciudad, habían tenido tambien doctores de un mérito eminente, y sin duda los escritos del célebre Filon habían formado algunos discípulos capaces de sucederle y de perpetuar su enseñanza. Finalmente, se ha visto que Basíldes, Carpócrates, Valentin y otros heresiarcas habían enseñado sus errores en Alejandria, y las escuelas que habían fundado, subsistieron mucho tiempo á pesar de las desavenencias que tuvieron entre sí. En medio de tales circunstancias, no se limitó el celo de los doctores católicos á la instruccion comun y ordinaria de los simples fieles, sino que juzgaron importante establecer tambien una escuela particular y una enseñanza mas elevada para los que quisiesen estudiar las santas Escrituras con profundi-

dad y enfrente de las escuelas enemigas de la fé: despues de exponer y explicar la doctrina cristiana, se aplicaron á defenderla y á combatir con sus discursos y escritos los errores propagados por la enseñanza pública de los hereges y de los paganos.

Algunos autores han creído que Atenágoras, de quien nos queda una apologia de los cristianos, había dirigido la escuela de Alejandria bajo el imperio de Marco Aurelio; aunque este hecho no sea absolutamente cierto, parece bastante verosímil. Pero el gefe de dicha escuela era San Pantenes desde el año 179, lo mas tarde. Era éste originario de Sicilia, y había abrazado la filosofía estoica antes de ser cristiano. Fué instruido en las divinas Escrituras por algunos discípulos de los apóstoles, y habiendo sido llamado por su mérito á dirigir la escuela de Alejandria, unió al estudio de la religion el de las ciencias profanas, y quiso conocer los escritos de los filósofos y de los hereges, á fin de impugnarlos mejor. En diez años que estuvo al frente de aquella escuela, tuvo varios discípulos célebres, entre otros, Clemente de Alejandria que le sucedió, y San Alejandro, que luego fué obispo de Jerusalem. La fama de San Pantenes se extendió hasta las Indias. Los pueblos de aquellos países á quienes el comercio atraia á Alejandria, le rogaron que fuese á instruirlos, y el obispo Demetrio le envió á predicarles la fé hacia el año 190. Se ignoran las circunstancias de sus peregrinaciones á los países donde introdujo el Evangelio: solo se sabe que encontró algunos cristianos antiguos en las Indias, y que tenían en sus manos un Evangelio de San Mateo escrito en hebreo y dejado por el apóstol San Bartolomé en aquella provincia. Cuando San Pantenes volvió á Egipto, se le trajo consigo. Despues de su regreso á Alejandria, continuó siendo útil á la Iglesia con las lecciones que daba en particular á los que la fama de su saber atraia. Murió en el reinado de Caracalla, y dejó algunos comentarios sobre la Escritura, que no han llegado á nosotros.

Clemente de Alejandria que reemplazó á San Pantenes cuando este partió para las Indias, había estudiado como él la filosofía pagana antes de abrazar el cristianismo. Era de Atenas, segun algunos autores: otros le hacen originario de Alejandria por el sobrenombre que se le da comunmente. Luego que fué cristiano, no pensó ya sino en hacerse tan hábil en la doctrina de la salvacion como lo era en las otras ciencias. Con este objeto recorrió la Grecia, la Italia, la Palestina y el Oriente, para conferenciar con los doctores mas célebres, y aprender de ellos la ciencia de la Iglesia y de la tradicion. Por fin, se agregó á San Pantenes, y no tardó en ser ascendido al sacerdocio en la Iglesia de Alejandria: despues fué elegido por Demetrio, obispo de esta ciudad, para presidir la escuela de los catecúmenos. Entre los muchos discípulos por su reputacion le atrajo, debe notarse especialmente al célebre Orígenes que fué su sucesor. Clemente quedó encargado de la escuela de Alejandria hasta

el año 202; pero entonces se vió obligado á dejarla y huir, para librarse de la persecucion que era entonces violentísima en aquella ciudad. Como él estaba expuesto con particularidad, porque su mérito y su empleo le señalaban tiempo habia el ódio de los paganos, creyó que la prudencia no le permitia arrostrar sin motivo un peligro manifiesto, temiendo, sobre todo, que una temeridad inoportuna autorizase á las máximas de los hereges, que imponian como un deber el buscar la persecucion. Retiróse á Capadocia, y se encargó de una Iglesia cuyo obispo estaba preso por la fé. Este obispo era San Alejandro, que habia sido discípulo suyo, y que mas adelante fué llamado á gobernar la Iglesia de Jerusalem. Clemente fortaleció á los fieles, y aumentó el número de ellos con sus instrucciones, segun sabemos por los fragmentos de una carta, en que San Alejandro le tributaba este homenaje elogiando su virtud. Se ignora la época precisa de su muerte, que ocurrió hácia el año 215 ó 217. Casi todos los autores le han dado el título de santo, refiriéndose á la autoridad de algunos martirologios antiguos; pero Benedicto XIV mandó suprimir su nombre en el martirologio romano.

Clemente de Alejandría habia compuesto algunas obras de que se han perdido varias; pero nos queda la Exhortacion á los gentiles, el Pedagogo, los Estromas y un tratado cuyo título es: *¿Qué rico se salvará?* El objeto de la exhortacion á los gentiles es persuadir á los paganos á que dejen sus supersticiones para abrazar la fé. Despues de mostrar el origen de la idolatría, la extravagancia de las ficciones mitológicas y la infamia de los misterios que eran su consecuencia; Clemente prueba la unidad de Dios con el testimonio de los filósofos, y sobre todo con la autoridad de los libros santos, y despues insta vivamente á los paganos á que se adhieran á la doctrina de Jesucristo, exponiéndoles brevemente los motivos que deben determinarlos á ello, esto es, la rapidéz con que el Evangelio se ha extendido por todo el universo; la excelencia de las máximas que Jesucristo ha enseñado, el esplendor de sus milagros y la gloria eterna que destina á los que le sean fieles.

El Pedagogo es un compendio de la moral cristiana, compuesto principalmente para los catecúmenos y dividido en tres libros. En el primero explica el autor lo que entiende por maestro ó pedagogo, y muestra que no conviene propiamente mas que al Verbo encarnado, que instruye á los hombres con sus lecciones así como con sus ejemplos, y que los sana con su poder perdonándoles los pecados cuando son culpables. Hace ver que este divino Maestro ha guiado é ilustrado á los hombres en todos tiempos, aunque por medios diversos; lo que explana muy largamente para combatir á los hereges que desechaban el antiguo Testamento. En el segundo y tercero libros, descendiendo á las circunstancias de las acciones humanas para trazar las reglas de ellas y exponer los deberes de la templanza, de la modestia y de las otras virtudes cristianas. Manifiesta lo que

debe observarse ó evitarse en las comidas, en las conversaciones, en el vestir, en los recreos, en el sueño y en las otras circunstancias de la vida. Recomienda la mayor sobriedad en el alimento, que debe graduarse, no por el placer, sino por la necesidad, y aunque permite el uso del vino, condenado por algunos hereges, le prohibe sin embargo, á los jóvenes como incompatible con el fuego de su edad. Prohibe el lujo en los muebles y en los trages, vituperando el uso de los perfumes y de las guimaldas de flores, y destierra de los banquetes los discursos frívolos, las chanzas indecentes, las canciones profanas y sobre todo las palabras que ofendan el pudor ó la castidad. Trata con extension de todo lo que mira á la caridad, y demostrando en seguida que la verdadera belleza consiste en los adornos de la virtud, condena severamente las galas inútiles y mucho mas las que se resienten de molice y voluptuosidad. Por último, clama con fuerza contra el abuso de las riquezas, contra los juegos de azar, contra los espectáculos del circo y del teatro, y despues de dar algunas reglas sobre el porte que se ha de tener en la iglesia ó al ir á ella, completa su instruccion con una coleccion de máximas sacadas de la Escritura sobre los deberes de la vida cristiana.

Los Estromas ó tapicerías son llamados así, como lo dice el mismo Clemente, porque es un tejido de la filosofía cristiana, donde el autor pasa de una materia á otra, y trata una multitud de asuntos diversos sin seguir ningun orden. Los habia compuesto así de intento para no descubrir claramente los misterios del cristianismo á la curiosidad de los lectores profanos. Esta obra se divide en ocho libros. El objeto principal del primero es manifestar la utilidad de la filosofía, y probar la antigüedad de la doctrina de los hebreos con una exposicion de toda la cronología y con investigaciones sobre el origen de las ciencias y de las artes entre los paganos. En el libro segundo asienta Clemente la necesidad y las ventajas de la fé, explica los efectos de la penitencia, y trata despues del matrimonio sobre el cual vuelve á hablar en el libro tercero, para combatir los errores de los hereges: algunos de éstos lo condenaban absolutamente, mientras que otros admitian la comunidad de mugeres, y no se avergonzaban de las acciones mas indecentes. En el cuarto libro patentiza la excelencia del martirio y explica el precepto del amor de Dios y del prójimo. En el quinto expone los caracteres de la fé, y despues de probar la imposibilidad de comprender la naturaleza divina, demuestra que de los libros de los hebreos ó de entre los bárbaros, es donde los griegos sacaron casi todas las verdades que se encuentran en las obras de sus poetas ó de sus filósofos. En el sexto y en el séptimo expone principalmente las reglas de la verdadera sabiduría, y se dedica á dar á conocer la perfeccion de las virtudes cristianas, de las cuales dice que su Pedagogo no contiene mas que los primeros elementos. Por últi-